

## 10

### La educación en el Magisterio Pontificio: algunas enseñanzas de la teología del cuerpo

**Víctor Manuel Díaz Soto\***

Por qué hablar hoy de la teología del cuerpo o cómo el cuerpo va a hacer parte de la ciencia que estudia a Dios, podrían ser cuestionamientos surgidos espontáneamente ante la expresión e idea de la teología del cuerpo. En primera instancia, se puede acudir a las razones y al contexto planteados por Juan Pablo II, autor de la misma. Pero, en segunda instancia, conviene reconocer que el origen de esta fuente de reflexiones y enseñanzas toma su punto de partida de la comprensión e interpretación cuidadosa del hecho mismo de la encarnación, ya que Dios, al hacerse hombre en su hijo Jesucristo, incorpora a su familia trinitaria la humanidad en toda su estructura personal.

#### **Introducción**

El magno Juan Pablo II quiere recordar, de maneras siempre nuevas, en cada uno de los seis ciclos de ciento treinta y nueve catequesis ofrecidas los miércoles del 5 de septiembre de 1978 al 28 de noviembre de 1984, que los seres humanos siempre son amados por Dios, confirmados en este afecto por el Hijo y elevados por la gracia del

.....  
1 Docente del departamento de Humanidades de la Universidad Católica de Colombia. Psicólogo y filósofo, Magister en Educación y Especialista en Educación Sexual.

Espíritu al destino y compañía de las Personas Divinas. Ese es su mensaje permanente, latente y expreso.

Desde este punto de partida, Juan Pablo II trata de recuperar lo que ha llamado una antropología adecuada, es decir, la verdadera comprensión del hombre en su ser y su misión personal, en su vocación al encuentro y entrega al otro y en su realización humana como salvación y destino eterno con el Padre Celestial.

Hay que reconocer cómo Juan Pablo II compone y propone estas reflexiones, para entender cuáles son tanto el papel como los aportes que se pueden recabar de la teología del cuerpo el día de hoy. Fruto de las conversaciones con los jóvenes de su Parroquia de Wadowice en Cracovia, mientras practican montañismo, piragüismo y acampada, es capaz de acariciar el corazón de los sueños y anhelos, de las angustias y miedos, de las ilusiones e ideales, de los retos y dificultades. Esto se respira en obras como: *Amor y responsabilidad*, un estudio de ética sexual; y *El taller del orfebre*, pieza de teatro en la que conjuga la existencia amorosa de tres parejas.

De esta sintonía íntima con la realidad y con los retos de los jóvenes, así como de su preocupación por la ética conyugal, absorbida con toda la fuerza en el año 1968 de la polémica Encíclica *Humanae Vitae* de Pablo VI sobre la regulación de la natalidad, es que se entiende la dedicación generosa de Karol Wojtyla para esculpir la teología del cuerpo. Esta, como una explicación autorizada y una fundamentación bíblica de otra comprensión de la persona, una antropología teológica renovada, un personalismo significativo y una apuesta por el humanismo cristiano fortalecido ante los retos del nuevo siglo y milenio.

Wojtyla, ya cardenal de Polonia, llega a Roma con sus manuscritos bajo el brazo, pensando en publicarlos. Sin embargo, al ser nombrado Papa, la Providencia le otorga, desde la tradicional catequesis de los miércoles, mayor audiencia: todo el mundo católico y las

personas de buena voluntad. Es decir, la preocupación de Wojtyła germina como misión de Juan Pablo II.

A continuación se analizarán los conceptos de los seis ciclos de ciento treinta y nueve catequesis, los cuales son la herencia del Magisterio del magno Papa Juan Pablo II. Se abordarán las palabras de Cristo en las que se basa cada uno de los ciclos y los libros de la tradición bíblica que son contemplados para presentar la antropología adecuada. En medio de este panorama también se proponen los conceptos básicos de esta teología del cuerpo, que puede servir de impulso y lanzadera para la apropiación y aplicación pedagógica de este tesoro y herencia del Magisterio del Papa Wojtyła.

### **Núcleo bíblico de la antropología adecuada de los seis ciclos**

Los primeros ciclos configuran un tríptico teológico, una nueva visión orgánica del cuerpo y de la sexualidad de la persona, que presenta una revalorización y comprensión positiva de esta dimensión. Si el corazón del hombre y el de la mujer, así como todo su cuerpo y afectividad han sido creados desde el principio para el encuentro y la unidad; si su relación de encuentro y comunión ha sido redimida para mantener esa imagen de Dios en su vínculo tierno; si ambos, la mujer y el hombre, unidos en su vida como en su ser en una sola carne, tanto en sus sonrisas y en sus sueños como en sus desvelos y celebraciones, están destinados a la gloria por la resurrección; y, si la corporalidad está tan atravesada por la manos de Dios, de principio a fin... No podemos mirarla como algo inferior, sino como el regalo del amor infinito del que nos ha amado desde siempre y en su hijo, con todo su Espíritu.

Así, la corporalidad y la afectividad sexual, es decir, el amor conyugal de los esposos, es el camino y la estancia para admirar el rostro de Dios, que nos contempla en lo más común de nuestra existencia:

la experiencia de la mirada del amor, de la ternura, de la comprensión de la mano amiga, del apoyo incondicional que tiene la persona humana en el hogar, de la amistad sincera y del servicio solidario del consejo humano o de trabajo.

Los otros tres ciclos constituyen el recuerdo y refuerzo de tres valores en riesgo en nuestra cultura: el matrimonio como sacramento; la opción del celibato por el Reino de los cielos; y el fortalecimiento de los criterios de la regulación de la fertilidad, desde una maternidad y paternidad responsables. Los dos primeros valores son entendidos como vocaciones complementarias, que se apoyan mutuamente en su dignidad y aprecio.

En el último ciclo puede verse cómo Juan Pablo II realiza el comentario autorizado de la *Humanae vitae* de Pablo VI, con toda la sustentación bíblica que la comprensión antropológica cristiana puede rescatar. Incluso en este último ciclo el mismo Juan Pablo II plantea que lo que la comprensión de todas estas catequesis del cuerpo articulan es en realidad la auténtica apropiación y puesta en juego de lo que clamaba Pablo VI al mundo: la civilización del amor desde su rincón más íntimo y definitorio, el hogar de cada persona y su origen en una maternidad-paternidad de generosa entrega y donación responsable, fruto del amor conyugal. Así la última de las catequesis anuncia el objeto de las mismas como “El amor humano en el plan divino” o, aún más exactamente, como “La redención del cuerpo y la sacramentalidad del matrimonio”.

Más adelante se presentarán los textos bíblicos nucleares en la reflexión de cada uno de los ciclos. Estos textos son clásicos, pero el valor de la mirada del Papa sobre ellos radica en su meticulosa revisión de los mismos, a través de lo que encuentra, dando vueltas alrededor del mismo pasaje, una perspectiva que va alimentando y profundizando, permitiéndole esclarecer las piezas y claves antropológicas que revelan las Escrituras, completando la visión y

asunción vital que se desarrollan en el ámbito conyugal y familiar. Se resaltarán, tras la presentación de los pasajes, aquellos ingredientes más fundantes y novedosos de la interpretación del Santo Padre Wojtyła sobre este ámbito.

En el Principio no era así: Jesús responde a los fariseos sobre el repudio mosaico. Catequesis 1-23<sup>1</sup>

Se le acercaron unos fariseos con propósito de tentarle, y le preguntaron: ¿Es lícito repudiar a la mujer por cualquier causa? Él respondió: ¿No habéis leído que al principio el Creador los hizo varón y hembra? Y dijo: Por eso dejará el hombre al padre y a la madre y se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne. De manera que ya no son dos, sino una sola carne. Por tanto, lo que Dios unió no lo separe el hombre. Ellos le replicaron: Entonces ¿cómo es que Moisés ordenó dar libelo de divorcio al repudiar? Díjole Él: Por la dureza de vuestro corazón os permitió Moisés repudiar a vuestras mujeres, pero al principio no fue así (Mt 19, 3 ss).

Los fariseos son, en tiempos de Jesús, los conocedores y estudiosos de todas las reglas y mandamientos que debe cumplir el hombre justo para responder a la Alianza hecha por Dios y los patriarcas desde Abraham, por eso se les llama también Doctores de la Ley. Cuando preguntan al Maestro, están apuntando a una de las dificultades y énfasis más fuertes de la Ley. La pregunta es sumamente pertinente y seguramente con la doble intención de poner en aprietos a Jesús y de ver cómo resuelve la exigencia de reconocer el sentido de la ley, pues si niega el mandato o permiso de repudio daría la espalda a Moisés y a la tradición, pero si afirma este permiso “por cualquier causa” –es la trampa de los fariseos– estaría dando rienda suelta al desorden de los múltiples casamientos por conveniencias o caprichos y, en consecuencia, dejaría de asumir la importancia y seriedad que la institución matrimonial siempre ha de tener.

.....  
1 La numeración de las catequesis de la Teología del Cuerpo está tomada de: Juan Pablo II, *Hombre y mujer los creó. El amor humano en el plano divino* (Madrid: Cristiandad, 2000).

La respuesta de Jesús es sorprendente siempre, porque se sale de los cánones y de lo que esperan los interlocutores, instalándose precisamente en el sentido de la ley, iluminándola y trascendiéndola al mismo tiempo. Remite al principio, para destacar tres aspectos. El primero se refiere al Génesis, cuando el Creador los hace varón y mujer y ello significa que lo quiso así, dos sexos para encontrarse, crecer, multiplicarse y poblar la tierra, porque en ambos dejó la semilla de la vida en condición de su unión.

Por si esto fuera poco, como segunda medida, refuerza recordando también que en el Génesis ya se ha dicho que los dos, hombre y mujer, son una sola carne, puesto que esa es la fuerza de su unión corporal y espiritual, afectiva y existencial, en vida y en sueños, en proyectos e ideales y en realizaciones efectivas.

Y, cuando los fariseos insisten preguntando entonces por qué Moisés sí les había ordenado dar acta de divorcio al repudiado, el Maestro acude al tercer aspecto, aludiendo no solo la dureza de su corazón sino recordándoles también que justamente es en el corazón que se hace efectiva la unión, porque viene del cielo y no la debe separar el hombre.

Que haya mutuo enamoramiento ya es un don de lo alto y muchas veces las personas no se dan cuenta de qué situaciones humanas están poniendo en entredicho o resquebrajando su relación, lo que no se debería permitir. Y esto es tan contemporáneo tanto para la tradición judía en la que vive Jesús como para nosotros hoy.

Hay que decir que en este pasaje Jesús deja abierta una gran puerta que es explorada por Juan Pablo II: "al principio no fue así". Habría que preguntarse entonces cómo es al principio y entrar en ese Paraíso de nuevo, esa es la invitación. Recordar cómo son los seres humanos en ese momento y cómo se planta Adán ante Eva, con esa mirada limpia, con toda la inocencia y sin sentir la vergüenza que les embarga después. Siendo así, Juan Pablo II anima a entender que

el Plan del Creador es que las personas decidan libremente recuperar esa capacidad de la unidad originaria, porque no es bueno que el hombre est́e solo. De hecho, la humanidad ha sido dise~nada en la unidad, para el reencuentro que consolida el camino al cielo. Este plan incluye el camino de la redenci3n y la finalidad de la resurrecci3n para el cielo.

La redenci3n del coraz3n: ante el adulterio interior del deseo. Catequesis 24-63

“Habéis oído que fue dicho: no adulterarás. Pero yo os digo que todo el que mira a una mujer deseándola, ya adulteró con ella en su coraz3n” (Mt 5, 27-28). Ante el caso de una adúltera, la ley mosaica impone la lapidaci3n. No obstante, cuando le presentan a Jesú s una mujer a la que acaban de sorprender en adulterio, él, despu3s de escribir en la arena, les desarma diciendo: “el que est́e libre de pecado arroje la primera piedra”.

En el serm3n de la montaa, Jesú s habla directo al coraz3n de quien le escuche. No solo es infiel el que realiza el acto sexual con una persona diferente a su c3nyuge, puesto que la mirada, la intenci3n y el deseo interior son suficientes como advertencia para reconocer en nuestra intimidad el movimiento apasionado del amor ben3volo (eros absorbido en el ágape) o la conversi3n incipiente al egoísmo de la concupiscencia (la excitaci3n que estanca y desnaturaliza el anhelo elevado del eros). La triple concupiscencia: de la carne, de los ojos y de la soberbia de la vida, es sobrepasada por el lenguaje sponsal del cuerpo, reorientada por el *ethos* de la redenci3n y compensada por la pureza del coraz3n.

Esto quiere decir que hay una dinámica contrapuesta entre lo que se ve como tentaci3n concupiscente dentro de cada persona y lo que llama de lo alto, de lo más rec3ndito y de lo más hondo del propio

ser: la misma naturaleza humana y Dios-Padre infiltrado en ella, que la eleva en su Espíritu por el Hijo, Señor de todos los hombres.

La resurrección de los cuerpos: los saduceos y la mujer de los siete hermanos ante la ley del levirato. Catequesis 64-72

Maestro, Moisés nos ha prescrito que, si el hermano de uno viniere a morir y dejare la mujer sin hijos, tome el hermano esa mujer y de sucesión a su hermano. Eran siete hermanos. El primero tomó mujer, pero al morir no dejó descendencia. La tomó el segundo, y murió sin dejar sucesión, e igual el tercero, y de los siete ninguno dejó sucesión. Después de todos murió la mujer. Cuando en la resurrección resuciten, ¿de quién será la mujer? Porque los siete la tuvieron por mujer. Jesús responde así: ¿No está bien claro que erráis y que desconocéis las Escrituras y el poder de Dios? Cuando en la resurrección resuciten de entre los muertos, ni se casarán ni serán dadas en matrimonio, sino que serán como ángeles en los cielos (Mc 12, 19-25).

De este pasaje de Jesús ante los saduceos, los cuales niegan la resurrección, se derivan tres consecuencias. La primera, que el cuerpo es tan importante que está destinado por la resurrección a la eternidad. Luego, no se puede hacer cualquier cosa con él: como no es digno maltratar el cuerpo de una persona fallecida o no darle su santa sepultura, no es tampoco lícito descuidar en vida el culto al cuerpo y a la persona, lo que significa la íntima entrega erótica de los cónyuges. Precisamente la nostalgia del cuerpo con el que se ha aprendido a amar en esta vida (como esposo y como célibe, en general como persona en todas las formas del amor) es el mejor índice de la ternura que une a la humanidad con Dios en el Cielo.

La segunda, es que en la resurrección no se pierde la condición sexuada de la corporalidad, sino que son profundizadas las identidades masculinas y femeninas con todos sus componentes: biográfico, afectivo y existencial, para la eternidad.



Y, la tercera consecuencia es la apertura del camino y de la comprensión de la propia vida en el cielo, cuando Jesús recuerda que el hombre será como un ángel, antecediéndose en el tránsito. Juan Pablo II regala toda una revolución con la culminación de este segundo tríptico de la teología del cuerpo, el cual tiene ecos permanentes en los otros ciclos de catequesis y en toda su enseñanza, como en el Magisterio reciente de los Papas Benedicto XVI y Francisco.

### *La virginidad por el Reino de los cielos. Catequesis 73-86*

Por la dureza de vuestro corazón os permitió Moisés repudiar a vuestras mujeres, pero al principio no fue así. Y yo os digo que quien repudia a su mujer (salvo caso de adulterio) y se casa con otra, adultera. Entonces, los discípulos le dijeron así: si tal es la condición del hombre con la mujer, preferible es no casarse. Cristo les da la respuesta siguiente: no todos entienden esto, sino aquellos a quienes ha sido dado. Porque hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre, y hay eunucos que fueron hechos por los hombres, y hay eunucos que a sí mismos se han hecho tales por amor al reino de los cielos. El que pueda entender, que entienda (Mt 19, 11-12).

En este ciclo se muestra la complementariedad entre la opción matrimonial y la de la virginidad, ambas por el Reino. Quien no reconoce el valor del matrimonio, o lo niega por ensalzar al célibe, cercena de raíz la bondad de hacerse eunuco por amor a Dios. Así de claro es el planteamiento, pues si la tradición judaica otorga el lugar de la bendición de Dios al matrimonio por los hijos, el cristianismo acoge lo excepcional y extraordinario de la continencia por el reino de los cielos.

Al mismo tiempo, Juan Pablo II enfatiza que el matrimonio y el celibato se entienden mejor siempre por referencia mutua en su vocación al amor y a la consideración del otro, del hermano y del amado como su destino y realización plena: es quien ha amado, quien en verdad conoce a Dios. Se enseñan recíprocamente el amor del esposo que mira al célibe en su entrega profunda y sincera a Dios y los demás, y el amor del célibe que contempla admirado la pasión tierna de los esposos.

Puede observarse esta misma relación y referencia mutua en la respuesta de Jesús a sus discípulos, después del cuestionamiento de los fariseos. Ya no son sino los concedores del Maestro, los que tras escucharle argumentando frente a los fariseos reinciden en dudar –para Cristo por tercera vez– si entonces merece la pena casarse, porque parecen ver cuán exigente es el matrimonio según el sentido y vocación presentados por Jesús.

En este punto de la argumentación el Maestro incardina la otra opción por el Reino, reconociendo tres modos en los que este llamado se presenta y en los que se le puede dar respuesta: los que nacen con este don como regalo natural, los que son formados por sus instructores para tal fin y los que deciden libremente por amor encendido a Dios y a su Reino. Jesús repite que no todos entenderán este camino, vocación y don. Esta dificultad de acoger y recibir el celibato, cuando los discípulos mismos son los que desisten ante la dificultad del matrimonio, compone una armonía sinfónica de los dos instrumentos del amor para el Reino. Esta mutua referencia, la reciprocidad de las miradas entre célibe y esposo, la complicidad de sus comprensiones correspondidas, esboza la grandeza del misterio que presenta Juan Pablo II en el quinto ciclo de la teología del cuerpo.

### Mysterium Magnum: el esposo y la esposa como Cristo y la Iglesia. Catequesis 87-118

Las casadas estén sujetas a sus maridos como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza de la Iglesia y salvador de su cuerpo. Y como la Iglesia está sujeta a Cristo, así las mujeres a sus maridos en todo. Vosotros, los maridos, amad a vuestras mujeres, como Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella para santificarla, purificándola mediante el lavado del agua con la palabra, a fin de presentársela a sí gloriosa, sin mancha o arruga o cosa semejante, sino santa e intachable. Los maridos deben amar a sus mujeres como a su propio cuerpo. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama, y nadie aborrece jamás su propia carne, sino que la

alimenta y la abriga como Cristo a la Iglesia, porque somos miembros de su cuerpo. 'Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán dos en una carne'. Gran misterio es éste, pero yo lo aplico a Cristo y a la Iglesia. Por lo demás, ame cada uno a su mujer, y ámela como a sí mismo, y la mujer reverencie a su marido (Ef 5, 22-33).

En esta carta a los Efesios, el apóstol de los gentiles, San Pablo, curiosamente enfatiza en la manera en la que los hombres deben amar a sus mujeres y viceversa. El modo de amarse, así sea mutuo y recíproco, es distinto entre el hombre y la mujer, como es distinto el modo en el que Cristo ama a su esposa la Iglesia, santificándola y purificándola, y el modo en el que la Iglesia ama a Cristo, con reverencia o sujeción.

Evitando la lectura fácil y rápida de tinte machista, la reverencia y sujeción como modo de amar femenino, anuncia y manifiesta el sumo respeto y la máxima devoción al esposo, al marido y al Esposo-Cristo. Lo mismo se puede decir de las expresiones de amor típicamente masculinas –si así se les puede llamar en un contexto posfeminista en el que la equidad necesaria reconozca una sana asimetría y la diferenciación enriquecedora– cuando se indica al marido amar a la esposa como a sí mismo y a su propio cuerpo, como Cristo alimenta, lava con la palabra y abriga a la Iglesia.

Se puede y debe interpretar, por un lado, la especificidad en los modos del amor masculino y femenino en la relación sponsal y, por el otro, hay que alentar el intercambio de los cuidados amorosos entre los esposos. En ambos sentidos es muy pertinente tener en cuenta que el amor de Cristo por su Esposa, la Iglesia, impulsa y ejemplifica la entrega mutua y la recíproca pertenencia de los cónyuges.

*Amor y fecundidad: significado unitivo y procreativo del acto conyugal. Catequesis 119-134*

La Iglesia... enseña que cualquier acto matrimonial debe quedar abierto a la transmisión de la vida... Esta doctrina, muchas veces expuesta por el

Magisterio, está fundada sobre la inseparable conexión que Dios ha querido y que el hombre no puede romper por propia iniciativa, entre los dos significados del acto conyugal: el significado unitivo y el significado procreador.<sup>2</sup>

Toda la tradición del Antiguo Testamento ha alimentado el valor preponderante de la procreación en el matrimonio, por considerarlo, desde el Génesis, como la bendición por excelencia del Creador. De este modo, el planteamiento que hace Juan Pablo II en este ciclo recoge la notable revolución que ha significado el reconocimiento del aspecto unitivo junto con el procreativo. Esto se evidencia primero en el Concilio Vaticano II, por la constitución apostólica *Gaudium et Spes*, sobre la Iglesia en el mundo, y después en la encíclica *Humanae Vitae* de Pablo VI, sobre la regulación de la natalidad.

Es claro que hoy en día se manifiesta como preferente la tendencia hacia el contenido unitivo de la relación conyugal en sí misma. Por eso, el reto pedagógico consiste en volver a presentar, como ha querido dejar el contemporáneo Papa Magno, una auténtica y renovada reflexión y discernimiento sobre la polémica encíclica, como el comentario autorizado y la fundamentación bíblica y antropológica suficiente para ello.

Si se entiende y acoge el “ingenio” del Padre-Creador para poner en la sexualidad tanto la potencia procreadora (generativa) como la unificadora (reunitiva) del gesto amoroso de los esposos; si los dos esposos perciben que el abrazo conyugal y el abrazo del hijo fortalecen su amor y viceversa; y si se percibe que no toda entrega sexual se realiza solo o exclusivamente en el momento fértil de la pareja... Entonces parece que El Creador y Padre del Cielo ha sembrado la más profunda libertad en el acto más íntimo de la pareja y de la familia de esposos, para que, confiando en el discernimiento humano, sea fecundo el amor: creciendo en el amor y creciendo en

.....  
2 Pablo VI. *Humanae vitae* (Bogotá: Paulinas, 2002), 11-12.

humanidad, en número con los hijos amados y en amor con la talla del generoso corazón del hombre.

### **A modo de conclusión. La teología del cuerpo en *Amoris Laetitia***

La exhortación apostólica del Papa Francisco sobre *La alegría del amor en la familia*, justamente resalta el afecto alegre del hogar amoroso, así como ocurre con la anterior exhortación del Papa (*Evangelii Gaudium*), la cual inicia destacando el gozo del evangelio. Esto tiene una relación altamente relevante con el ejercicio desarrollado por Juan Pablo II, concediéndole a la dimensión corporal de la persona humana un lugar significativo en el “cuerpo” de la teología (para la “teología del cuerpo”). El cuerpo y la afectividad tienen una conexión muy estrecha o, más bien, la intimidad del cuerpo se expresa por excelencia en los afectos.

No es azaroso que la mencionada exhortación sobre la alegría del amor en la familia inicie su primer capítulo, *A la luz de la palabra*, precisamente catapultando la veta abierta por la teología del cuerpo de su predecesor. Francisco recoge los pasajes del Génesis, de Mateo y de Efesios, pero avanza hacia las escenas más entrañables de familia en las que Jesús interviene, como el caso de la suegra de Pedro enferma o del hijo muerto de la viuda de Naín, del mismo Lázaro que llevaba tres días de muerto o de la participación en las bodas de Caná.

Francisco continúa con la apertura del escenario que Juan Pablo II apenas ha instalado. Las consideraciones bíblicas, teológicas, existenciales y exegéticas para las ciencias humanas, piden revisar aquellos lugares y conceptos de las escrituras que pueden ayudar a seguir entendiendo los misterios de la redención y la misma encarnación.

Por ejemplo, puede resultar especialmente revelador, para la teología del cuerpo, observar el lugar del corazón, de la mirada, de los sueños, del descanso, de la celebración y del baile. Así como es absolutamente inspirador meditar sobre el sentido del dolor, de la sed y del hambre para el espíritu humano, que es siempre cuerpo, aun cuando separado en la muerte no hace otra cosa más que generar nostalgia y anhelar el momento de ser de nuevo incorporado y pasar así a la Gloria del Padre.

### Bibliografía

La bibliografía correspondiente se ha ubicado al final del libro.